

demas.» Eran éstas las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos; aquél fué el único que le hizo hablar.

V

Los ministros Garat y Lebrun, el alcalde Chambon y el procurador de la municipalidad, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del fiscal del tribunal criminal, vinieron á notificar al rey su sentencia con todo el aparato de la ley cuando condena á un culpable á perder la vida. De pié, con la frente erguida, la vista fija en sus jueces, escuchó la sentencia de muerte, que debia ejecutarse dentro de veinticuatro horas, con la intrepidez de un justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelacion interior de su alma al Juez infalible y soberano. Terminada la lectura, Luis XVI se adelantó hácia Grouvelle, secretario del Consejo ejecutivo, tomó el decreto de sus manos, y le dobló y guardó en su cartera; despues, volviéndose hácia el lado donde estaba Garat, le dijo con una voz en que se notaba el acento real en el acto del que suplica: «Señor ministro de Justicia, os ruego entregueis esta carta á la Convencion». Y dudando Garat tomar el papel, continuó el rey: «Voy á leéroslo. «Pido á la Convencion un plazo de tres dias para prepararme á comparecer delante de Dios. Pido para ello poder ver libremente al eclesiástico que yo indicaré á los comisarios de la municipalidad, y que esté á cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejercerá conmigo. Pido que se me libre de la perpetua vigilancia que conmigo se observa desde hace algunos dias. Pido poder ver á mi familia durante estos últimos momentos, cuando lo desee y sin testigos. Desearé que la Convencion se ocupe al momento de la suerte de mi familia, y que le permita retirarse libremente donde juzgare conveniente buscar un asilo. Recomiendo á la benevolencia de la nacion todas las personas que están unidas á mí; hay entre ellas muchos ancianos, mujeres y niños que no tenian más medios de vivir que mis beneficios, y deben estar muy necesitados. — En la torre del Temple, el 20 de Enero de 1793.»

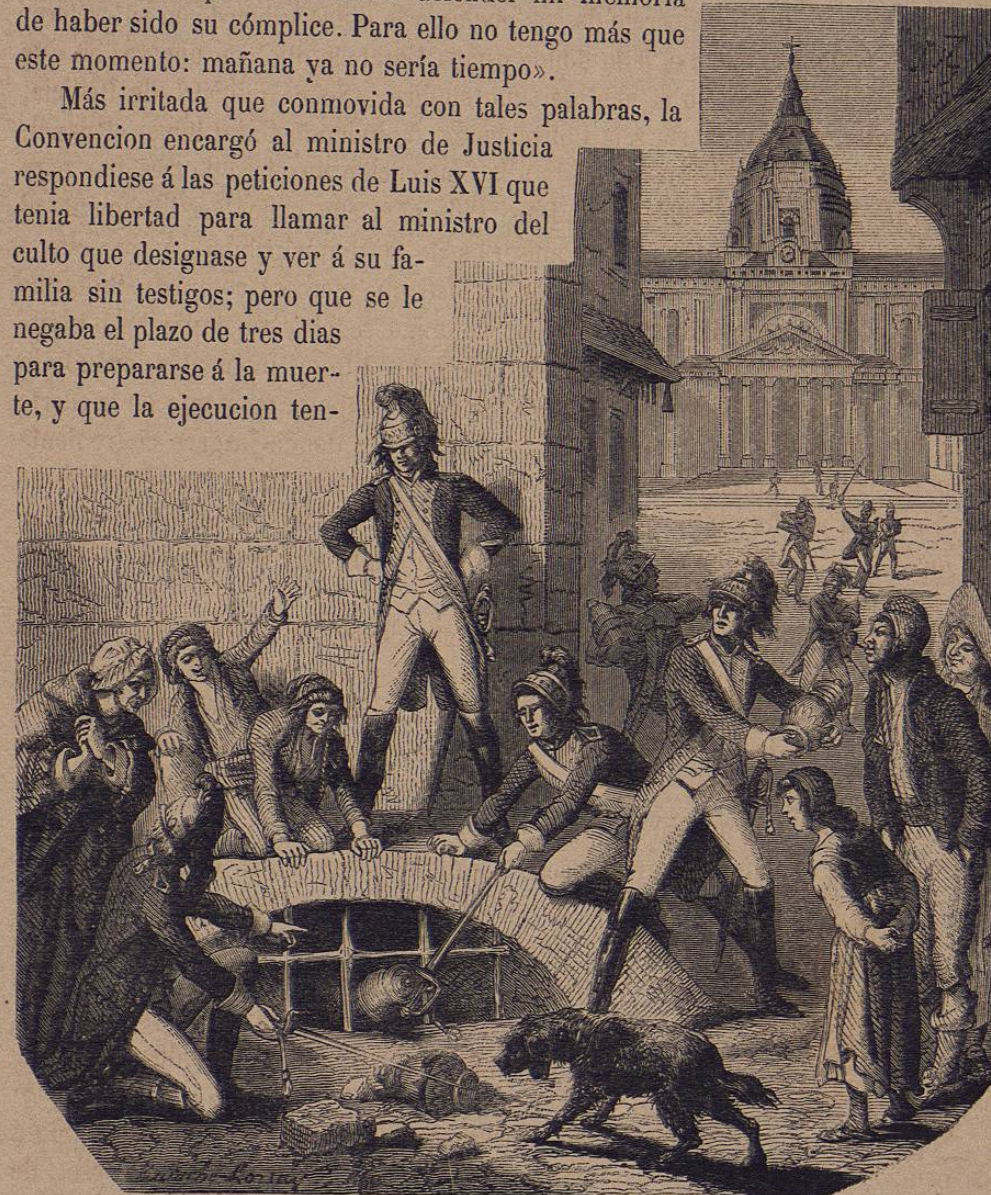
El rey entregó al mismo tiempo á Garat otro papel que contenia las señas de la casa del eclesiástico cuya compañía y consuelos deseaba en su última hora. Este papel, que no estaba escrito de su mano, decia: «Mr. Edgeworth de Firmont, calle del Bac». Garat tomó ambos papeles. El rey dió algunos pasos hácia atras, inclinándose como cuando despedia alguna audiencia de corte, para indicar que queria estar solo. Los ministros salieron.

En seguida comenzó el rey á pasarse tranquilamente en su cuarto y pidió de comer; como no tenia cuchillo, partió los alimentos con la cuchara, y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de muerte. «¿Me creen bastante cobarde—dijo en alta voz—para arrebatar mi vida á mis enemigos? Me imputan crímenes, pero soy inocente y moriré sin debilidad. Quisiera que mi muerte labrase la felicidad de los franceses, y pudiese conjurar las desgracias que preveo para la nacion.»

Volvieron á la seis Santerre y Garat á traerle la respuesta de la Convencion á sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Buzot, de Petion, de Condorcet, de Chambon y de Tomás Payne, la Convencion habia ya decidido la víspera que se rehusaria todo plazo á la ejecucion. Fournier

el Americano, Jourdan Corta-cabezas y sus satélites levantaron sus sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convencion, dándoles la eleccion, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio ó la muerte. Aquellos valientes diputados arrojaron ésta, y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel y Kersaint, este último en una carta que era en aquel momento uno de los más heroicos desafíos á la muerte que podia salir del alma de un ciudadano, protestaron en vano. Una mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Couthon, Marat y Robespierre, negó el plazo. Hé aquí la carta de Kersaint: «Ciudadanos: Me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por más tiempo en el recinto de la Convencion, con hombres sanguinarios, cuando su dictámen, apoyado por el terror, vence al de los hombres de bien, cuando Marat vence á Petion. Si el amor de mi país me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de Setiembre, quiero al ménos defender mi memoria de haber sido su cómplice. Para ello no tengo más que este momento: mañana ya no sería tiempo».

Más irritada que conmovida con tales palabras, la Convencion encargó al ministro de Justicia respondiese á las peticiones de Luis XVI que tenia libertad para llamar al ministro del culto que designase y ver á su familia sin testigos; pero que se le negaba el plazo de tres dias para prepararse á la muerte, y que la ejecucion ten-



Profanacion de las reliquias de Val-de-Grace.—Pág. 288.

dria efecto en el término de las veinticuatro horas. Recibió el rey esta comunicacion del Consejo ejecutivo sin murmurar siquiera. No disputaba los minutos á la muerte: todo lo que pedia era retirarse algunas horas al finalizar el tiempo, entre la vida y la eternidad, pues ya hacia muchas semanas que se ocupaba de santificar su sacrificio.

En una de sus conversaciones encargó á Mr. de Malesherbes hiciese entregar un mensaje secreto á un venerable sacerdote extranjero oculto en Paris, y cuya asistencia imploraba en caso de tener que morir. «Es una comision extraña para un filósofo,—dijo con triste sonrisa á Mr. de Malesherbes;—pero yo he conservado siempre mi fe de cristiano como un freno contra los extravíos del supremo poder y como un consuelo en mis adversidades: la encuentro en el fondo de mi prision; y si alguna vez fuéreis destinado á una muerte parecida á la mia, deseo halleis el mismo consuelo en vuestros últimos momentos.»

Averiguó Malesherbes la residencia de aquel director de la conciencia del rey, é hizo llegase á sus manos la súplica de su señor. El hombre de Dios esperaba la hora en que el calabozo se abriese á su caridad, y aunque debiese costarle la vida no dudaba. Ministro de la agonía, debia su sagrado ministerio á los últimos momentos; éste es el heroísmo del sacerdote cristiano. Además, una santa amistad unia desde mucho tiempo al sacerdote y al rey. Introducido furtivamente en las Tullerías en los dias de solemnidad cristiana, aquel eclesiástico habia confesado muchas veces al rey. La confesion cristiana, que prosterna al hombre á los piés del sacerdote y al rey á los piés del súbdito, establece entre el confesor y el penitente una confianza paternal por un lado y filial por otro, que aunque sobrenatural en su principio, se transforma muchas veces en afecto humano entre dos almas que se han hablado tan de cerca. Dios es el lazo de estas uniones espirituales; pero este lazo, formado en el cielo, no se rompe siempre del todo sobre la tierra. En aquel cambio completo de almas, con frecuencia se mezclan tambien los corazones; así sucedia con Luis XVI y el sacerdote. El rey tenia en el abate Firmont un amigo, colocado en secreto entre este mundo y el otro; le llamaba en los dias difíciles, y le reservaba para los últimos momentos de su suerte.

VI

El miércoles 20 de Enero al anocheecer, un desconocido llamó inopinadamente á la puerta del retiro ignorado donde aquel pobre sacerdote ocultaba su vida, y le suplicó le siguiese al lugar donde se celebraban las sesiones del Consejo de ministros. Mr. de Firmont siguió al desconocido, y cuando llegaron á las Tullerías, se le introdujo en el gabinete donde los ministros deliberaban sobre la ejecucion del suplicio, que la Convencion habia puesto bajo su responsabilidad. Garat, filósofo sensible, Lebrun, diplomático frio, Roland, republicano clemente y que no podia ménos de amar al hombre en el rey, hubieran querido separar á todo precio de sus corazones, de sus nombres y de su memoria la mision siniestra que el destino les encargaba; pero ya no era tiempo. Solidarios de los girondinos, rehenes de los jacobinos en el ministerio, era indispensable ejecutar ó morir. Su fisonomía, su agitacion y su estupor revelaban el horror de su situacion. Procuraban disimularse á sí mismos el rigor á fuerza de miramientos y de piedad. Se levantaron, rodearon al sacerdote, honraron su valor y protegieron su mision. Garat tomó al con-

fesor en su coche y le condujo al Temple. Durante el camino, el ministro de la Convencion desahogó su desesperacion en el seno del ministro de Dios. «¡Gran Dios!—exclamó.—¡De qué horrorosa mision me veo encargado! ¡Qué hombre!—añadió hablando de Luis XVI.—¡Qué resignacion! ¡Qué valor! No, la naturaleza sola no podria dar tantas fuerzas; ahí hay algo de sobrehumano.» El sacerdote calló, temiendo ofender al ministro ó desconocer su fe. El silencio reinó despues de estas palabras entre aquellos dos hombres hasta la puerta de la torre, que se abrió apenas fué pronunciado el nombre de Garat. Despues de atravesar una sala llena de hombres armados, el ministro y el confesor fueron á otra más grande. Las bóvedas, los degradados ornamentos de arquitectura y las escaleras de un altar derribado manifestaban ser una capilla antigua, desde largo tiempo profanada. Doce comisarios de la municipalidad tenian su consejo en aquella sala; sus fisonomías, sus palabras, la ausencia total de sensibilidad y aún de decencia ante la muerte, que caracterizaban los rostros de aquellos hombres, descubrian en ellos esas naturalezas brutales, incapaces de respetar nada en un enemigo, ni siquiera el dolor supremo y la muerte. Sólo uno ó dos rostros más jóvenes que los otros ocultaban á sus colegas algunos signos furtivos de inteligencia con los ojos del sacerdote. El ministro subió miéntras registraban al abate Firmont, y despues condujeron al confesor al cuarto del rey, quien al ver á Mr. de Firmont corrió hácia él, le llevó á su cuarto y cerró la puerta para gozar sin testigos de la presencia del hombre que tanto habia deseado. El sacerdote se puso á los piés de su penitente, y lloró ántes de consolar. El rey tampoco pudo contener sus lágrimas, y dijo al eclesiástico levantándole: «Perdonadme este momento de debilidad. Vivo desde hace tanto tiempo en medio de mis enemigos, que la costumbre me ha hecho insensible á su odio, y mi corazon se ha cerrado á los sentimientos de ternura; pero la vista de un amigo fiel me vuelve mi sensibilidad, que creia extinguida, y me enternece á mi pesar». Se le llevó despues á la torrecilla retirada, donde se ocultaba ordinariamente con sus pensamientos. Una mesa, dos sillas, una pequeña estufa de loza parecida á esos pequeños hogares portátiles con que las mujeres de los obreros pobres calientan sus buhardillas, algunos libros, y una imágen de Cristo en la cruz esculpida en marfil, amueblaban aquella celda. El rey hizo sentarse á Mr. de Edgeworth, y se sentó enfrente del otro lado de la estufa. «Vedme aquí—le dijo el sentenciado—en el solo y grande negocio que debe ocuparme en la vida: dejarla puro ó perdonado ante Dios, á fin de prepararme á mí y á los míos otra mejor...» Al decir estas palabras, sacó del pecho un papel y rompió el sello. Era su testamento; le leyó dos veces despacio, apoyando sobre todas las sílabas para que ninguno de los sentimientos que manifestaba en él escapase á la censura atenta del hombre de Dios, á quien reconocia por juez. El rey manifestaba temer que en los mismos términos con que habia legado su perdón á este mundo, se hubiese deslizado contra su voluntad algun resentimiento ó reconvenccion que disminuyese involuntariamente alguna dulzura y santidad á su despedida. Su voz no se enterneció ni sus ojos se humedecieron sino en las líneas donde pronunciaba el nombre de la reina, de su hermana y de sus hijos. Se veia que toda su sensibilidad, dominada ó amortiguada por él mismo, sólo se encontraba en el nombre, en la imágen y en el destino de los suyos. Nada tenia vivo ni que sufriese en él sobre la tierra más que su familia.

Una conversacion franca y tranquila sobre las circunstancias de aquellos últimos meses ignoradas por el rey se siguió á esta lectura. Se informó de la suerte de muchas personas que amaba, entristeciéndose con las persecuciones de los unos, y alegrándose de la fuga y la salvacion de los otros, hablando de todos, no con la indiferencia de un hombre que abandona para siempre su patria, sino con la curiosidad del que acaba de llegar y se informa de todo lo que ha amado. Aun cuando oia dar las horas de la noche al reloj de las vecinas torres, y aunque su vida sólo se medía por horas, retardó el momento de ocuparse de las prácticas piadosas para las que habia llamado al confesor. Debía tener á las siete la última entrevista con su familia, y la aproximacion de este momento, á la vez tan deseado y tan temible, le agitaba mil veces más que el pensamiento del cadalso. No quería que aquellas últimas angustias de su vida viniesen á turbar la calma de su preparacion á la muerte, ni que sus lágrimas se mezclasen con su sangre en el sacrificio de sí mismo que iba á ofrecer un momento despues á Dios y á los hombres.

VII

La reina y las princesas, entre tanto, con el oido aplicado siempre á las ventanas, habian sabido durante el dia la negativa del plazo, y que la ejecucion sería dentro de las veinticuatro horas, por las voces de los pregoneros que divulgaban la sentencia por todos los barrios de París. Ya no quedaba ninguna esperanza, y una sola duda causaba su ansiedad. ¿Moriría el rey sin volverlas á ver, sin abrazarlas y bendecirlas? Un postrero y supremo desahogo de ternura á sus piés, un último abrazo sobre su corazon, una palabra que oír y que retener, una mirada final que guardar en su alma, á esto se limitaban toda su esperanza, todo su deseo y todas sus súplicas. Agrupadas desde la mañana en silencio, y orando bañadas en llanto en la cámara de la reina, interpretando con el corazon hasta el más pequeño ruido, preguntando con la vista á todos los rostros, no supieron sino despues que un decreto de la Convencion les permitia ver al rey. Fué un gozo en la agonía, y se prepararon á él mucho tiempo ántes de llegar este momento. En pié y arrimadas á la puerta, suplicaban á los comisarios y á los carceleros, á quienes no cesaban de preguntar, pareciéndoles que su impaciencia apresuraria las horas y que los latidos de sus corazones obligarian á aquellas puertas á abrirse más pronto.

Más tranquilo aparentemente el rey por su parte, no padecia en su interior ménos turbacion. Nunca habia profesado más que un amor, el de su esposa; una amistad, la de su hermana; una alegría en su vida, su hija y su hijo. Estas ternuras del hombre, distraidas y enfriadas, aunque nunca extinguidas sobre el trono, se habian recogido, exaltado y como incrustado en su alma despues de los ataques de la adversidad, y mucho más aún despues de los ataques de la soledad de la prision. ¡Hacía tanto tiempo que el mundo ya no existia para él sino en aquel pequeño número de personas en que se multiplicaban sus afectos, sus alegrías y sus dolores! Además, haber temido, esperado y sufrido tanto, siempre juntos, es tener una comunidad de vida y de pensamiento. Las lágrimas recíprocamente verdidas son el cimiento de los corazones; los mismos sufrimientos unen mil veces más que las mismas alegrías; aquellas cinco almas no tenían más que una sola

sensibilidad. Una cosa sola turbaba de antemano aquella conversacion, que era la idea de que la última entrevista, en que la naturaleza debía manifestarse con la libertad de la desesperacion y el abandono de la ternura, tendría carceleros por espectadores; que las más secretas palpitaciones del corazon del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija serian contadas, saboreadas, y quizá acriminadas por la vista de sus enemigos. El rey se fundó en las palabras del decreto de la Convencion para pedir que la entrevista fuese sin testigos. Los comisarios, responsables á la municipalidad, y que, sin embargo, no se atrevian á desobedecer abiertamente á la Convencion, deliberaron para conciliar las intenciones del decreto



Entrada de la Convencion el 17 de Enero, 1793.
Pág. 288.

con el rigor de la ley, y convinieron en que la entrevista fuese en el comedor, que tenia una puerta de cristales contigua á la habitacion donde estaban los comisarios; la puerta debía cerrarse despues de entrar el rey y su familia, pero aquéllos podrian ver á los prisioneros á través de los cristales. De este modo, si las actitudes, los gestos y las lágrimas eran profanadas por miradas extrañas, al ménos las palabras serian inviolables. El rey, un poco ántes del momento en que las princesas debian bajar, dejó á su confesor en la torrecilla, y le suplicó no bajase, temiendo que el aspecto del ministro de Dios pusiese demasiado de manifiesto la muerte á los ojos de la reina.

Pasó al comedor para preparar los asientos y el espacio necesario para la

última entrevista. «Traed un poco de agua y un vaso»,—dijo á su criado. Habia encima de la mesa una botella con agua helada, y Clery se la enseñó. «Traed agua que no esté helada, porque si la reina bebiese de ésta, podria hacerle mal.» Al fin se abrió la puerta, y la reina, que traia de la mano á su hijo, se lanzó la primera en los brazos del rey, é hizo un rápido movimiento como para arrastrarle á su habitacion y sustraerle á la vista de los espectadores. «No, no,—dijo el rey con voz sorda, sosteniendo á su esposa sobre su corazon y dirigiéndola hácia la sala;— sólo puedo veros aquí.»

Madama Isabel venía en pos con la princesa real, y Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo á la reina que se sentase en una silla á la derecha, su hermana en otra á la izquierda, y él se sentó en medio. Las sillas estaban tan inmediatas que las dos princesas, sólo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus brazos, y tenian las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenía al Delfin sentado sobre un muslo, con uno de sus brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, agrupadas así por el instinto de su ternura y estrechándose convulsivamente las unas en los brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, sólo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes que agitaba el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo y en desgarradores gritos, la desesperacion de aquellas cinco almas, confundidas en una para ahogarse, para despedazarse y morir en un solo abrazo.

VIII

En más de media hora no pudo salir una sola palabra de sus labios. Sólo se oia una lamentacion en que todas aquellas voces de padre, de mujeres y niños se perdian en el gemido comun, se llamaban, se respondian, se provocaban las unas á las otras por sollozos que se renovaban y acrecian por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y paredes de la torre, y se oian en los barrios inmediatos. Por último, la extenuacion de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor, las lágrimas se secaron sobre los párpados, las cabezas se juntaron á la cabeza del rey, como para suspender todas las almas á sus labios, y una conversacion en voz baja, interrumpida de tiempo en tiempo por los besos y los abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó aquellas confidencias del moribundo con los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Sólo la princesa real guardó las reliquias en su memoria, y más tarde reveló lo que la confidencia, la política y la muerte pueden dejar traslucir de las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mutuas de sus pensamientos despues de su separacion, recomendaciones repetidas de sacrificar á Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos, que es la fortuna de los reyes, pusiese á sus enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hácia el cielo, enternecimientos repentinos y recuerdos de la tierra al aspecto de aquellos

séres queridos, cuyos brazos entrelazados parecian atraerle y retenerle en ella; una esperanza vaga, exagerada por una piadosa ficcion, á fin de moderar el dolor de la reina; resignacion de todo en manos de Dios, votos sublimes para que su vida no costase una gota de sangre á su pueblo, lecciones aún más cristianas que reales, dadas y repetidas á su hijo: todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en comun, despedidas más tiernas y más secretas pronunciadas en voz baja al oido de la reina, llenó las dos horas que duró aquella fúnebre entrevista.

Desde fuera sólo se oia un tierno y confuso murmullo de voces. Los comisarios dirigian de tiempo en tiempo una mirada furtiva á traves de los cristales, como para advertir al rey que pasaba el tiempo.

Cuando se agotaron la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó á toda su familia á la vez en sus brazos. La reina se arrojó á sus piés, y le suplicó les permitiese pasar aquella última noche junto á él. Su cariño le obligó á negarse á ello, porque aquel enternecimiento gastaba su vida. Tomó por pretexto la necesidad que él mismo tenia de algunas horas de tranquilidad para prepararse al dia siguiente con todas sus fuerzas; pero prometió á su familia hacerla llamar al otro dia á las ocho. «¿Por qué no á las siete?»—dijo la reina. «Pues bien, sí, á las siete»,—respondió el rey. «¿Nos lo prometéis?»—dijeron todos. «Os lo prometo»,—repitió el rey. Al atravesar la antecámara, la reina se suspendia con ambos brazos al cuello del rey, la princesa real le rodeaba con los suyos, madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano, y el Delfin, suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban á la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos, se separaban los unos de los brazos de los otros, y volvian á caer en ellos con todo el peso de su cariño y de su dolor. Por fin, el rey se separó algunos pasos hácia atras, y tendiendo desde allí los brazos á la reina, «¡Adios, adios!» le gritó con un ademan, una mirada, un tono de voz donde resonaba á la vez todo un pasado de ternura, todo un presente de angustias y todo un porvenir de eterna separacion, pero en el que se distinguia, sin embargo, un acento de serenidad, de esperanza y de alegría religiosa, que parecia señalar á su reunion la cita vaga pero confiada de una eterna vida.

Al oir este adios la jóven princesa se desprendió desmayada de los brazos de madama Isabel, y cayó sin movimiento á los piés del rey. Clery, su tia y la reina se precipitaron para levantarla, la sostuvieron y la condujeron hácia la escalera. En este instante, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su cuarto, que estaba entreabierta, «¡Adios!» les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazon, y la puerta se cerró. Corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador. La agonia de la majestad habia pasado.

IX

El rey cayó fatigado sobre una silla y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!»—dijo al abate Edgeworth.—«¿Qué entrevista acabo de tener! ¡Por qué he de